

“Decidí portarme bien, rescatarme...”: la escuela y el “rescate” en contextos de pobreza urbana

Mercedes Saccone
CeaCu, FHyA, UNR/CONICET
sacconemercedes@gmail.com

Introducción. Acerca del proceso de investigación

La presente ponencia deriva de un proceso de investigación socio-antropológica en curso acerca de las experiencias escolares en la educación secundaria de jóvenes que viven en contextos de pobreza en la ciudad de Rosario (Santa Fe). En esta oportunidad recuperamos una categoría social utilizada por los/as jóvenes que nos permite dar cuenta de ciertos sentidos y prácticas que se construyen en relación con el hecho de asistir a la escuela. Nos referimos a la noción de “rescate”, usada por los/as jóvenes para expresar el pasaje de un modo de vida y de comportamiento que se atribuye a “la calle” a otro asociado a la escuela (o/y el trabajo).

Desarrollamos la investigación desde un enfoque socio-antropológico que rescata la tradición etnográfica de la Antropología desde una perspectiva crítica y que aspira a realizar un abordaje relacional, que tenga en cuenta los diferentes niveles de análisis en juego (Achilli, 2005). La construcción de la información empírica requirió un trabajo de campo intensivo y de larga duración (entre los años 2014 y 2018) en una escuela secundaria pública de gestión estatal y de modalidad técnico profesional, ubicada en el Distrito Oeste de la ciudad y a la cual asisten jóvenes que viven en barrios y “villas” de la zona oeste y sudoeste, muchos/as de los/as cuales trabajan, generalmente en condiciones informales y precarias, y/o tienen responsabilidades domésticas y/o de cuidado de terceros. Recurrimos a diferentes estrategias de construcción de la información, tales como observaciones (de clases, recreos, jornadas y actividades diversas), talleres, conversaciones informales y entrevistas (grupales e individuales). Tanto el trabajo de campo como las reflexiones que aquí presentamos se potenciaron a partir de los intercambios y la colaboración de los/as compañeros/as del Centro de Estudios Antropológicos en Contextos Urbanos (FHyA, UNR) en el cual nos insertamos y, sobre todo, a partir del trabajo realizado en el marco de dos proyectos de investigación colectiva allí radicados¹.

¹ 1) Proyecto “Jóvenes y experiencias socio-educativas. Un estudio antropológico de los sentidos sobre la escolarización en contextos de pobreza urbana” PID1HUM 520 (2016-2019), Secretaría de Ciencia y Tecnología de la UNR; 2) Proyecto “Jóvenes y Educación Técnica. Un estudio antropológico de los sentidos acerca del trabajo en la escuela técnica”, FONIETP 2017 NRU 212 (2017-2018), Instituto Nacional de Educación

Aunque en algunos momentos han tomado caminos separados, en la producción académica actual se suele señalar la necesidad del “acercamiento entre los estudios educativos sobre estudiantes y aquellos que incorporan las prácticas socioculturales de los jóvenes” (Weiss, 2012:135) para enriquecer la mirada sobre los procesos de escolarización juvenil. Los modos de ser joven son diversos y están atravesados por procesos históricos, sociales, culturales, políticos (Margulis y Urresti, 1996), por lo tanto, su análisis debería ser “encarado desde una triple complejidad: contextual (espacial e históricamente situado), relacional (conflictos y consensos) y heterogénea (diversidad y desigualdad)” (Chaves, 2010:38). De este modo, consideramos que no podemos conocer las experiencias escolares de los/as jóvenes sin describir procesos que, aunque las trascienden, las atraviesan e imprimen particularidades y nos hablan de “qué es ser/estar joven en ese tiempo y lugar para esas personas jóvenes” (Chaves, 2010:11).

Los/as jóvenes y la escuela en la trama del espacio socio-urbano

Como mencionamos, la población que asiste a la escuela vive, por lo general, en condiciones de pobreza en barrios y “villas” cercanos, cuyos habitantes constituyen parte de “los sectores subalternos de la ciudad”, “pertenecen a la ‘periferia’ del sistema urbano en cuanto al consumo de éste”, a la vez que “son producto de una construcción social que los segrega y estigmatiza” (Gravano, 2013:62). Aunque en las últimas décadas se alternaron momentos considerados de mayor y menor criticidad en materia de vivienda e infraestructura según la situación económica, social y política del país y la región, las investigaciones locales dan cuenta de la continuidad de un proceso de concentración espacial de las familias en condiciones de pobreza en esta zona de la ciudad (Bernardi y Sánchez, 2006). Proceso de “concentración geográfica de la pobreza”, como lo denomina Auyero (2001), concomitante con la creciente *fragmentación* y *segregación* que caracterizan las grandes ciudades latinoamericanas en el capitalismo actual (Prévôt, 2001). De hecho, en Rosario, “a pesar de los períodos de mejoras económicas y la disminución del desempleo de la última década [2004-2014], el número de asentamientos se incrementó” (Consejo Económico y Social Rosario, 2014:8).

Aunque sabemos que no es privativo de estos contextos, hace tiempo que investigadores de la temática vienen señalando cómo múltiples violencias –entre las que se

Tecnológica, Ministerio de Educación y Deportes de la Nación, presentado a Postulación Institucional a través de la UNR. Ambos proyectos se realizaron bajo la dirección de Dra. Mariana Nemcovsky.

destacan, la “violencia estructural del desempleo”, la “violencia interpersonal cotidiana” y la “violencia represiva estatal intermitente”– atraviesan la vida cotidiana en “los enclaves de pobreza en la Argentina”, en tanto expresión de “(distintas) maneras en que la desigualdad, la segregación, el desempleo y el abandono estatal se inscriben en el espacio urbano” (Auyero, 2001:19). Se trata de violencias que influyen en la vida cotidiana juvenil y que atraviesan de distintas maneras la configuración de sus experiencias escolares. Así, los trabajos a los que suelen acceder los/as jóvenes y las familias que viven en estos contextos se encuentran, por lo general, atravesados por la informalidad (no incluidos en el sector formal de la economía, con escasa remuneración, sin beneficios sociales, ni aportes jubilatorios, etc.), inestabilidad (por contratos temporales), precariedad y, sobre todo entre las mujeres, el trabajo doméstico dentro y/o fuera del hogar (remunerado y no remunerado). Se suma a los ingresos de los grupos familiares la participación en algunos planes, programas y prestaciones sociales, también por parte de los/as jóvenes. El Mercado de productores constituye desde la década de los '60 una importante fuente de trabajo para las familias de la zona, sobre todo para los hombres (Calamari et al., 2018). El rubro de la construcción es otra inserción laborales frecuentes, también entre los varones, caracterizándose por ser un trabajo temporario y que produce un gran cansancio físico (Calamari et al., 2018). Por lo general, los/as jóvenes contribuyen a la economía del hogar “sea a través del aporte económico que puedan realizar quienes lograron insertarse precariamente en el circuito laboral o a través de diversas tareas que desarrollan en el ámbito doméstico” (Bernardi, Maiolino y Nemcovsky, 2018:52). Aunque no profundizaremos en ello, cabe resaltar que entre los/as jóvenes este tiempo destinado al trabajo tensiona el tiempo de la escolaridad, favoreciendo, entre otros aspectos, interrupciones e intermitencias en la asistencia a la escuela y en los procesos de aprendizaje, dadas las recurrentes llegadas tarde, la dificultad de realizar tareas por fuera del horario de clases y, sobre todo, las “marcas del desgaste corporal” que deja el trabajo (Chaves, Fuentes y Vecino, 2016:45), más aún en condiciones de precariedad.

Si bien encontramos heterogeneidad en el modo en que se desenvuelve la vida cotidiana en los barrios y “villas”, los/as jóvenes relatan situaciones de peligrosidad y conflictividad que forman parte (más directa o indirectamente) de la cotidianeidad en esos espacios socio-urbanos. Mencionan situaciones de violencia interpersonal, la presencia de armas de fuego en la resolución de conflictos, el sentimiento de peligrosidad e inseguridad que generan algunas de estas situaciones, incluso la posibilidad de la muerte. A su vez, hacen

referencia a la intervención de “la policía” y de los “soldaditos”, cuestiones en las cuales no podremos profundizar en esta oportunidad (Ver Calamari et al., 2018; Saccone, 2019).

Estas problemáticas suelen ser retomadas en la construcción de estigmas y prácticas muchas veces discriminatorias de estos espacios socio-urbanos y, particularmente, de la población juvenil que habita en estos contextos, que, como lo han documentado otras investigaciones (Chaves, 2010; Kessler y Dimarco, 2013; Sanchez, 2006; otros), asocian unilínealmente juventud, pobreza y delito/peligrosidad. La noción de estigmatización territorial hace referencia a este “proceso por el cual un determinado espacio queda reducido a ciertos atributos negativos, que aparecen magnificados, estereotipados, produciendo como resultado una devaluación o desacreditación social del mismo” (Kessler y Dimarco, 2013:225), “lugares que hay que evitar, temer y desaprobado” (Wacquant, 2001:178). Ese estigma territorial recae, a su vez, sobre los “residentes” de esos barrios (Wacquant, 2001:179), aunque no lo hace en todos los habitantes por igual, suele ser la población juvenil la que se encuentra particularmente expuesta a este tipo de discriminación (Kessler y Dimarco, 2013). Los/as jóvenes se sienten y saben objeto de estas estigmatizaciones y discriminaciones por ser de la “villa”. Los/as jóvenes hacen referencia a que “los gendarmes [...] te llevan por la vestimenta”, “te sacan los aritos” (3ro a 6to TN, Taller, R7-16, 12/10/16), “nos tratan de negros” “porque piensan que porque vos usas gorrita vas a ir a robar, que estás al pedo todo el día y no es así” “y no te podés vestir como vos querés” (1ro y 2do TN, Taller, R9-16, 12/10/16). Así, puede ocurrir que los/as jóvenes manifiesten no querer “ser un pibe de barrio nada más” (Alejandro 3ro TN, Observación, R12-17, 12/06/17) y construyan estrategias para desmarcarse de ese estigma (Cf. Saccone, 2019).

En esta trama, identificamos la presencia de una construcción de sentido extendida socialmente y apropiada por los/as jóvenes, donde “la calle” y la escuela son significadas como ámbitos que implicarían prácticas contrapuestas. Tal diferenciación es retomada en la construcción de distancias simbólicas, donde la condición de estudiante (valorada positivamente) les permite diferenciarse/desmarcarse de los atributos negativos asignados (y que ellos mismos asignan) a otros “que están todo el día en la calle”, son “vagos”, “no hacen nada”, “te roban”, son “quilomberos”, “fuman”, “toman”. A continuación, nos detendremos en cómo se construye esta contraposición entre “la calle” y la escuela y en la idea de “rescatarse”, en tanto lectura de la propia experiencia vital que hacen los/as jóvenes, sobre todo varones.

“Decidí portarme bien, rescatarme...”: la escuela y el “rescate”

Nos interesa recuperar la noción de “rescate” como categoría social utilizada por los/as jóvenes para expresar el pasaje de un modo de vida y de comportamiento que se atribuye a “la calle” a otro asociado a la escuela (o/y el trabajo). En esa construcción de sentido, “la calle” y la escuela aparecen significadas como ámbitos que implicarían prácticas en cierto modo contrapuestas. Como señalamos, entre los/as jóvenes esta contraposición entre los ámbitos de “la calle” y la escuela es retomada en la construcción de distancias simbólicas (Saccone, 2019). Así la condición de estudiante permite diferenciarse de quienes no asisten a la escuela y estarían “todo el día en la calle”, asignándoles atributos negativos, como ser “vagos” (Alan 6to TN, Entrevista, R18-16, 07/12/16), “porque yo veo a los chicos que están en la calle y siempre están drogándose o pidiendo monedas, queda feo, no hacen nada” (Marcos 5to TT, Entrevista, R14-14, 11/08/14). Se liga “la calle” con ciertas prácticas como tomar alcohol, generar conflictos interpersonales, consumir drogas, robar. Prácticas que se asocian a la ilegalidad, al delito, al consumo de sustancias ilegales, que son sancionadas en términos morales (Benassi, 2017).

Matías: se juntan a tomar vino o a fumar porro en la esquina [...]

E: en el barrio donde ustedes viven ¿se juntan los chicos a tomar en la esquina?

Matías: yo vivo en la villa [...]

Pablo: ahí en la esquina hay una banda drogándose y encima te roban [...] los pibes están todo el día en la calle, no tienen nada para hacer [...]

Esteban: una vez lo mataron a uno, se confundieron, yo tengo una versión de que se confundieron supuestamente y lo mataron, porque él se juntaba, pero igual, con nosotros y no hacía nada y lo confundieron porque parece que se cambió de ropa con el primo, y ahí lo mataron y después en el cementerio una moto pasó tirando tiros [...] pero siendo pibe te matan, por eso lo único que te saca de la calle es muerto (1ro y 2do TN, Taller, R9-16, 12/10/16).

Una imagen estigmatizada sobre cierto sector de la juventud que vive en contextos de pobreza, extendida socialmente, sobre todo entre adultos y los medios de comunicación (Benassi, 2017; Chaves, 2005; Kessler y Dimarco, 2013; Sanchez, 2006), pero que también es apropiada por los/as propios/as jóvenes para caracterizar a otros. Se trata de una imagen sobre el ser joven en estos barrios que exagera la peligrosidad de sus (posibles) actos, un/a joven que se constituye en un “peligro para él mismo: irse por el mal camino, no cuidarse; peligro para su familia: trae problemas; peligro para los ciudadanos: molesta, agrede, es violento; peligro para LA sociedad: no produce nada, no respeta las normas” (Chaves, 2005:15).

En contraposición a los/as jóvenes que “están todo el día en la calle”, quienes asisten a la escuela consideran que ellos/as sabrían valorar lo que significa el “trabajo duro”, el esfuerzo, a lo que se suma la idea de una “crianza diferente” (Alejandro 3ro TN, Entrevista, R34-17, 08/11/17), que incluye el cuidado por parte de los padres ante los “riesgos” que se le atribuyen a “la calle”.

María: sí te dejan salir, tampoco por lugares raros, los padres, obvio, como padre uno va a cuidar a sus hijos y no quiere que le pase nada malo, pero si salen ya saben [...] no es que la dejan salir o [...] como hacen las pibas que están todo el día afuera [...] después en la noche

Carina: están todas fumando [...]

María: bah algunas porque...

Carina: algunas nomás fuman

María: ¿algunas?

Carina: algunas nomás, pero otras no... re quilomberas son algunas

María: sí, algunas, sí

Carina: ni las mirás y ya te están “¿tanto va a mirá?”

María: yo siempre si salgo le digo a mi mamá “me voy a tal lado” [...] a mí me preguntan [...] siempre es así lo mismo, si te levantás, voy a la escuela, de la escuela a casa [...] y uno dice nunca salimos, no es que no salgo, es que estoy todo el día en mi casa y siempre hay cosas que hacer (1ro y 2do TM, Taller, R8-16, 12/10/16).

Como lo han documentado otras investigaciones, estas “representaciones”, donde “la escuela o la calle se mencionan como condiciones excluyentes: estudiar y trabajar por un lado, delinquir por el otro”, contribuyen a reforzar, incluso entre los/as propios/as jóvenes, una imagen de la juventud “como no productiva, proclive a la desviación y a constituirse como peligrosa para los otros” (Chaves et al., 2016:31). Entre los/as estudiantes, “la calle” es significada como un espacio de riesgo, remitiendo fundamentalmente a ciertos peligros que allí se corren, a veces por acción de otros/as jóvenes, como ser víctima de un robo, de una golpiza, incluso de llegar a perder la vida, como afirmaba Esteban en el registro citado más arriba, “por eso lo único que te saca de la calle es muerto” (1ro TN, Taller, R9-16, 12/10/16). Si bien se trata de “una construcción social extendida y estigmatizante de las calles de los barrios populares, como espacio de ‘riesgo’ para los jóvenes” (Isacovich, 2015:129), advertimos que se nutre, a su vez, de las experiencias vividas por ellos/as mismos/as u otros cercanos en relación con situaciones de peligrosidad en algunos de los ámbitos que transitan (Cf. Calamari et al., 2018).

Esta distinción entre “la calle” y la escuela y los comportamientos que se les atribuyen a quienes participan de uno u otro ámbito, también es retomada, entre algunos jóvenes –sobre todo varones-, en la construcción de una visión retrospectiva de la propia vida y las

experiencias vividas, que remitiría a un paso de una a otra, de estar en “la calle” a estar en la escuela y que se expresa mediante el término “rescatarse”.

E: ¿por qué dejaste [la escuela]? [silencio. Se ríe] [...]

Leandro: por la droga... por vagar, por hacer cagadas

E: ¿y por qué decidiste volver?

Leandro: por mi mamá

E: ¿tu mamá?, ¿qué te decía tu mamá?

Leandro: nada, la veía triste que no iba a la escuela, porque era un vago, que esto, que aquello y decidí portarme bien, rescatarme [...] yo fui re maldito, mis hijos no quiero que sean malditos igual que yo [...] no sé, salí terrible yo y de pedo no estoy muerto, así que no le recomiendo ser tan así (4to TM, Entrevista, R9-14, 10/07/2014).

“Rescatarse significa hacer un viraje importante en sus vidas, abandonar la calle” (Saraví, 2004:43). Para los/as jóvenes que manifiestan haber transitado por dicha experiencia, la decisión de “rescatarse” implica, entre otras cuestiones, “portarse bien”, “ir a la escuela”, no ser un “vago”, evitar conflictos, circuitos delictivos y/o el consumo problemático de sustancias. En ese sentido, “el rescate tiene que ver con usar ‘productivamente’ el tiempo” (Benassi, 2017:17), estudiando, trabajando e incluso en el hogar, donde “siempre hay cosas que hacer”.

Cabe resaltar que, entre los/as jóvenes de nuestra investigación, el hecho de *asistir a la escuela aparece significado más como consecuencia que como posibilitador de ese “rescate”*, uno se “rescata” y vuelve a estudiar. En parte, consideramos que estos sentidos que construyen los/as jóvenes sobre la relación entre la escuela y el “rescate” pueden estar influenciados por el hecho de que la “decisión” de *“rescatarse” suele aparecer significada como una acción prácticamente individual, resultado de una decisión personal*. Los/as jóvenes se apropian de estos sentidos, pero también, como plantea Benassi, “lidian –y padecen- diariamente esos discursos [...] que los responsabiliza respecto de sus posibilidades, ya que encargarse de ocupar ‘productivamente’ el tiempo parece estar ligado más a una decisión personal que a las ofertas institucionales” (Benassi, 2017:17). A la vez, aun cuando se hace referencia a otros en ese proceso, no se remarca la intervención activa de los mismos, sólo son mencionados en tanto incentivo para la toma de tal decisión, la cual parece quedar en manos del propio sujeto. Así, “los jóvenes sostienen ese recorrido en la mayoría de los casos apelando a su propia fuerza de voluntad, individualizando esa decisión” (Benassi, 2017:16) y las acciones que implicaría.

E: ¿tenés amigos en el barrio? [...]

Leandro: tenía muchos, pero dejé de salir así que mucho contacto no tengo ahora

E: ¿y por qué dejaste de salir?
Leandro: para alejarme de las drogas y los quilombos
E: ¿y tus amigos tenían esos problemas?
Leandro: sí, todavía los siguen teniendo
E: ¿y cómo es la vida de ellos?
Leandro: como siempre [se ríe] era mi vida esa
E: ¿y ahora qué pensás de eso?
Leandro: ahora pienso que estoy bien como estoy (4to TM, Entrevista, R9-14, 10/07/14).

Además de “portarse bien”, “ir a la escuela” (y/o trabajar) y dejar de ser “vago”, la posibilidad de “rescatarse” requiere, muchas veces, tomar la decisión de “dejar de salir” y de juntarse con el grupo de pares que se considera está en esa situación, para poder así alejarse de los circuitos delictivos y de consumo problemático de sustancias a los que se los asocia. “Las condiciones que instalan la urgencia del rescate”, como plantea Epele (2010), suponen, así, el reconocimiento por parte de los sujetos de la necesidad de un “cambio de vida” y “de junta”.

Pablo: yo antes sí salía de lunes a viernes [...]
Alejandro: de una, yo salía con mis amigos
Pablo: nos juntábamos, pero yo no me junto más acá porque me re fallaron todos
E: ¿cómo te fallaron?
Pablo: porque me dejaron re tirado
Esteban: los míos también
E: ¿cómo te dejaron re tirado?, ¿qué pasó? [...]
Pablo: no porque... yo en un día de locura iba con mi amigo y nos fuimos a robar, pero no, fue solamente un momento de locura, sin arma, y me fui y perdimos y me dejó re tirado y después yo no fui más y me decía que yo era re ortiva y nada que ver, qué esto que aquello
Alejandro: y la bronca queda
E: ¿y ya no te juntás más con ellos?
Leandro: no [...]
Alejandro: todos giles además, son todos soldaditos esos [...]
Pablo: los que dijeron que nunca iban a vender merca, todos venden merca [...]
E: claro, así que ustedes están mucho en sus casas
Pablo: yo sí, antes cuando tenía 14 salía y después que me fui a Mar del Plata cambié un montón (1ro y 2do TN, Taller, R9-16, 12/10/16).

Son principalmente jóvenes varones quienes relatan haberse “rescatado” luego de haber llegado a vivir situaciones de peligrosidad, incluso de poner en riesgo la vida misma, “de pedo no estoy muerto” (Leandro 4to TM, Entrevista, R9-14, 10/07/2014). Esta “masculinización del rescate” (Benassi, 2017), podría estar expresando, por una parte, la puesta en juego de “estereotipos de género según los cuales los varones deben dar cuenta del

modo en el que administran su tiempo ‘por fuera de la casa’ y de qué manera responden a su función considerada ‘natural’ de proveedores del hogar” (Benassi, 2017:13) y, por otra, que son los jóvenes varones de sectores populares quienes se encuentran más expuestos a estas problemáticas (Cozzi, 2018).

En su investigación sobre circulación y usos de drogas en barrios de sectores populares del Gran Buenos Aires, Epele (2010) plantea que existen diferentes formas de presentación de las “acciones, prácticas y saberes sobre el rescate” específicamente en relación con el consumo, siendo una de ellas, “la estrategia reflexiva y autoreferente de rescatar(se)”, la que más se aproxima a lo que venimos desarrollando. Aunque, advierte la autora, aun considerando las diferentes formas que puede asumir, “el rescate remite a un proceso complejo que, combinando mandatos, acciones, decisiones e intervenciones de otros, supone siempre un vínculo social” y “requiere de la existencia de condiciones económicas, sociales y políticas que hagan posible la existencia de otros vínculos, actividades y expectativas de futuro” (Epele, 2010:186).

Cuando hacen referencia a la vida de otros, algunos/as jóvenes también se apropian de esta mirada que autorresponsabiliza al sujeto de “caer” o “rescatarse”, mientras que otros/as recurren a explicaciones que responsabilizan a las familias de las acciones de sus hijos.

Daniel: pero el tema es qué sé yo, están todos preocupados por el tema de la droga y todo y bueno, hay muchos que culpan a los padres, pero si el padre habla y el hijo no lo quiere entender, porque está en la cabeza de cada uno también, si vos te drogas te drogas porque querés, nadie te dijo que te drogas

Ariel: y pero muchos padres cuando sus hijos entran en la droga ya no le intentan ayudar [...] yo creo que por eso tienen la culpa los padres por... de que él salga así porque a poca edad salió él de su casa, antes yo también, yo me juntaba con los grupitos de amigos pero él fue el único que salió mal, todos fuman todo esto, pero nada que ver a la droga y él es el único y roba y todo y nosotros no (3ro TN, Entrevista, R26-17, 24/08/17).

La autorresponsabilización y la responsabilidad que se le atribuye a las familias en relación con los hijos que “entran en la droga” forman parte de un proceso más general de “privatización del cuidado” que “transfiere al dominio de los vínculos próximos [...] un conjunto tanto de tensiones, emociones y conflictos producidos en diversas áreas de la vida cotidiana, así como también la expectativa de su reparación y resolución” (Epele, 2010:211). Proceso a través del cual se va privatizando “la responsabilidad por el bienestar, transfiriendo tareas del Estado hacia las familias” (Jelin, 2010:94). Estos sentidos hegemónicos sobre el lugar de las familias están aún más fuertemente presentes entre los/as jóvenes cuando se trata

de imaginar qué harían como padres o madres si sus hijos fueran los que viven esas situaciones.

E: ¿y ustedes se imaginan como padres que harían si tuviesen un hijo en esa situación?

Ariel: ¿sabes cómo le voy a pegar a mi hijo? [risas]

Vanina: yo lo encierro, profe

E: ¿vos lo encerrás?

Vanina: si no entiende por las buenas...

Alejandro: con un trezado de ocho sabes qué, ¡le doy! [risas]

Ariel: yo le hablaría, pero si no entiende

Alejandro: sí, de una u otra manera tiene que aprender (3ro TN, Entrevista, R26-17, 24/08/17).

A modo de cierre

En síntesis, aun cuando sabemos que el “rescate” no puede producirse si no están dadas “determinadas condiciones” (Epele, 2010:187), entre los/as jóvenes predominan las lecturas individualizantes que (auto)culpabilizan/(auto)responsabilizan al propio sujeto y/o a la familia del mismo y no suelen aludir a otros procesos más generales, permaneciendo en cierto modo ocultas las relaciones y condiciones (económicas, sociales y políticas) que intervienen, tanto para “caer”/“entrar” o “rescatarse”/“salir”.

A la vez, en nuestra investigación pudimos observar que estos sentidos que contraponen “la calle” a la escuela se tensionan con algunos indicios que nos sugieren que, en ocasiones, existe una superposición/simultaneidad de estas experiencias, es decir, que entre algunos/as jóvenes la escolaridad aparece superpuesta con prácticas vinculadas –más directa o indirectamente- con el intercambio y consumo de sustancias ilegalizadas y otros circuitos o prácticas asociadas a la “calle”. Estas superposiciones también son señaladas en otras investigaciones (Benassi, 2017; Chaves et al., 2016; Kessler, 2004; otros), mostrando que, en las experiencias vitales de algunos/as jóvenes de sectores populares se producen múltiples entrecruzamientos entre escuela, trabajo e ilegalidad (Chaves et al., 2016). Entonces, aun cuando los/as jóvenes se apropien de sentidos donde la escuela y “la calle” parecieran ser condiciones excluyentes, nos encontramos con un abanico de experiencias que incluyen: a quienes manifiestan haber dejado de asistir a la escuela “porque agarré la calle” y no regresaron (Ex estudiante, R-21 proyecto INET, 19/06/18), a quienes planteando algo similar deciden, luego de un tiempo, “rescatarse” y volver a estudiar (Leandro 4to TM, Entrevista, R9-14, 10/07/14), pero también a quienes manteniendo la asistencia (semi) regular a la escuela, manifiestan encontrarse inmersos en algunas de las actividades que se atribuyen al ámbito de “la calle”. Dentro del amplio abanico de prácticas que puede suponer el uso de

“drogas”, por ejemplo, el consumo de marihuana es reconocida o, por lo menos, no suele ser ocultada del todo entre los/as estudiantes. No ocurre lo mismo con la práctica de la venta o comercialización de sustancias ilegales. Si bien no hemos documentado este tipo de prácticas entre los/as jóvenes, sí pudimos observar que se valora negativamente la participación en la venta y circulación de sustancias ilegales, “todos giles además, son todos soldaditos esos” (2do TN, Taller, R9-16, 12/10/16). Aunque con menor frecuencia, también advertimos indicios de otras prácticas que se suelen atribuir a “la calle” entre ciertos estudiantes. Algunas desplegadas por fuera del ámbito escolar, tales como haber participado de un robo, “yo en un día de locura iba con mi amigo y nos fuimos a robar” (Pablo 1ro TN, Taller, R9-16, 12/10/16) o poseer armas, “mi mujer me hizo vender las armas [...] mi mamá le llenó la cabeza [...] pero... ¿si llego a tener quilombo?” (4to TM, Conversación informal, R6-14, 10/06/14). Dentro de la escuela, incluso, se pueden llegar a producir pequeños hurtos de elementos escolares o de pertenencias de docentes o compañeros/as.

Estas situaciones abonan a la construcción de prácticas que expresan una actitud de desconfianza hacia y entre los/as jóvenes, como el hecho de salir al recreo con sus pertenencias, además de acusar de “rochos” (ladrones) a ciertos compañeros porque “te sacan las cosas, te tiran las cosas o te roban todo” (1ro y 2do TM, Taller, R8-16, 12/10/16), sobre todo en los primeros años. Entre algunos docentes también se expresa dicha desconfianza en el pedido recurrente que hacen a otros de “mirar” o “cuidar” las pertenencias que dejan en el salón mientras salen (Observación, R36-17, 22/11/17), aspectos que influyen en la construcción cotidiana de las relaciones intra e intergeneracionales en la escuela.

Referencias bibliográficas

ACHILLI, Elena. 2005. Investigar en Antropología Social. Los desafíos de transmitir un oficio. Rosario: Laborde Editor.

AUYERO, Javier. 2001. Introducción. Claves para pensar la marginación. En L. Wacquant (Ed.) *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio* (pp. 9-32). Buenos Aires: Manantial.

BENASSI, Eugenia. 2017. "Rescatate y trabajá": el valor-trabajo en las experiencias de vida de jóvenes de sectores populares. 13° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. https://www.aset.org.ar/2017/ponencias/7_Benassi.pdf

BERNARDI, Gabriela; MAIOLINO, Eliana y NEMCOVSKY, Mariana. 2018. Jóvenes y

grupos familiares en contextos de pobreza urbana. En M. Nemcovsky (Ed.) Proyecto “Jóvenes y Educación Técnica. Un estudio antropológico de los sentidos acerca del trabajo en la escuela técnica”. FONIETP, INET-Ministerio de Educación (inédito).

BERNARDI, Gabriela y SÁNCHEZ, Silvana. 2006. Procesos de concentración espacial de la pobreza urbana. Retratos de una configuración. En E. Achilli, et. al (Eds.), Memorias y experiencias urbanas (pp. 21-38). Rosario: UNR Editora.

CALAMARI, Mirna; DOBRY, Mara; MARTÍNEZ, Noelia y SANTOS, Marina. 2018. Jóvenes, trabajo y expectativas a futuro. En M. Nemcovsky (Ed.), Proyecto “Jóvenes y Educación Técnica. Un estudio antropológico de los sentidos acerca del trabajo en la escuela técnica”. FONIETP, INET-Ministerio de Educación (inédito).

CHAVES, Mariana. 2005. Juventud negada y negativizada: representaciones y foraciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea. Revista Última década, (13), 9-32. <https://scielo.conicyt.cl/pdf/udecada/v13n23/art02.pdf>

CHAVES, Mariana. 2010. Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana. Buenos Aires: Espacio.

CHAVES, Mariana; Fuentes, Sebastián y Vecino, Luisa. 2016. Experiencias juveniles de la desigualdad. Fronteras y merecimientos en sectores populares, medios altos y altos. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.

CONSEJO ECONÓMICO Y SOCIAL ROSARIO. 2014. Hábitat y asentamiento irregulares en Rosario. Reflexiones colectivas para la construcción de políticas públicas. Rosario: Consejo Económico y Social Rosario.

COZZI, Eugenia. 2018. De ladrones a narcos. Violencias, delitos y búsquedas de reconocimiento en tres generaciones de jóvenes en un barrio popular de la ciudad de Rosario (Tesis doctoral). Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

EPELE, María. 2010. Sujetar por la herida: una etnofrafía sobre drogas, pobreza y salud. Buenos Aires: Paidós.

GRAVANO, Ariel. 2013. Antropología de lo urbano. Tandil: UNICEN.

ISACOVICH, Paula. 2015. Reflexiones etnográficas sobre lo espacial en la producción social de las políticas y las vidas de jóvenes de sectores populares. Horizontes Sociológicos. Revista de la Asociación Argentina de Sociología, 3(6), 119-134. <http://aass.org.elsevier.com/ojs/index.php/hs/article/viewFile/78/105>

JELIN, Elizabeth. 2010. Pan y afectos. La transformación de las familias. Bs As: FCE.

- KESSLER, Gabriel. 2004. Trayectorias escolares de jóvenes que cometieron delitos contra la propiedad con uso de violencia. <http://repositorio.udes.a.edu.ar/jspui/bitstream/10908/525/1/%5BP%5D%5BW%5D%5D13-Kessler.pdf>
- KESSLER, Gabriel y DIMARCO, Sabina. 2013. Jóvenes, policía y estigmatización territorial en la periferia de Buenos Aires. *Espacio Abierto Cuaderno Venezolano de Sociología*, 22(2), 221-243.
- MARGULIS, Mario y URRESTI, Marcelo. 1996. La juventud es más que una palabra. En M. Margulis (Ed.) *La juventud es más que una palabra* (pp. 13-30). Buenos Aires: Biblos.
- PRÉVÔT SCHAPIRA, Marie. 2001. Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades. *Perfiles Latinoamericanos*, 9(19), 33-56. <http://perfilesla.flacso.edu.mx/index.php/perfilesla/article/view/315>
- SACCONE, Mercedes. 2019. Experiencias escolares de jóvenes y procesos de estigmatización en la ciudad de Rosario (Santa Fe, Argentina). III Jornadas Regionales de Investigación Educativa. San Salvador de Jujuy: Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNJu.
- SANCHEZ, Silvana. 2006. Jóvenes, estigmas y autoimágenes. Identidades en tensión desde la periferia urbana. En E. Achilli (Ed.) *Memorias y experiencias urbanas* (pp. 203-217). Rosario: UNR Editora.
- SARAVÍ, Gonzalo. 2004. Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural. *Revista de La CEPAL*, (83), 33-48. [https://www.insumisos.com/lecturasinsumisas/Segregacion urbana y espacio publico.pdf](https://www.insumisos.com/lecturasinsumisas/Segregacion%20urbana%20y%20espacio%20publico.pdf)
- WACQUANT, Loïc. 2001. *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- WEISS, Eduardo. 2012. Los estudiantes como jóvenes. El proceso de subjetivación. *Perfiles Educativos*, XXXIV(135), 134-148. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13223042009>